

LOS NIÑOS DE LA CALLE



Gilberto Alemán de Armas



DISCURSOS DE INGRESO

Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS

2001

© Academia Canaria de la Lengua
© Gilberto Alemán de Armas

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Fotomecánica e impresión:
Litografía Romero, S. A.

Dep. Legal: TF. 1.337-2002

ISBN: 84-96059-06-5

ERAMOS los niños de la calle. Bueno, éramos tal vez, porque lo decía Doña Carmen que era González de Mesa, los chiquillos de la calle. Niños que sabíamos saltar sobre las piedras, y sobre los charcos, adivinar el tiempo, hacer mandados, correr detrás de los burros. Conocíamos los niños de la calle las yerbas y los bichos y oímos el canto de las pescadoras o contemplamos los tra-siegos de las lecheras en los zaguanes.

Fuimos testigos de una guerra que se llevó a los jóvenes vecinos al Frente y oímos la BBC de Londres a escondidas hasta que un falangista se llevó el aparato. Fuimos niños de las Santas Misiones que quemaron libros prohibidos en la plaza cu-

yas letras, señor, se elevaron al cielo en oscuras noches de inquisidores.

Fuimos niños de piola y de monta la chica, y nos encantaba ver saltar a las niñas en su matarile, ríle, ron.

Los novios miraban hacia la ventana y los abuelos se echaban la mañana en la venta de María que los obsequiaba con una pastillita de anís para matar el duro sabor del aguardiente. Mi abuelo decía que yo era un jadarío, que tendría que trabajar con los ingleses a los que él regaló horas de guataca a cambio de una fisca, tres perras y media, algo menos que mi paga semanal de los domingos en los tiempos de la guerra.

Éramos los niños de la guerra, o de la calle o del racionamiento. Lo mismo era para doña Carmen que era González de Mesa.

Las calles estaban empedradas y en los resquicios de los adoquines crecían las yerbas. Con muchos esfuerzos se abrían los “gongos” para jugar a los boliches y era una odisea hacer bailar un trompo en aquella geografía irregular y basáltica.

De vez en cuando iba a San Roque, donde se levantaba una enorme torre metálica que se utilizaba para la recepción de información, y soltaba a los aires la cometa, con rabos de trapos, que me hacía mi abuelo.

Todos los domingos íbamos al cine donde, además de la película —todavía no se había inventado el “NO-DO”— se proyectaban documentales alemanes de la UFA.

En el descanso sonaba el himno nacional y los bracitos infantiles se levantaban en el rito fascista para saludar la diapositiva en color del general Franco.

En la calle se jugaba a la pelota, el deporte predilecto de la chiquillería urbana, a pesar de la dura represión de los guardias, que parecía que no tenían otro objetivo que romper con sus navajas los esféricos llegados, en el subdesarrollo de entonces, de manos de Melchor, Gaspar y Baltasar.

La guerra era otro juego. No en vano los mayores se mataban en los campos de ba-

talla, en la Ciudad Universitaria de Madrid, en el Ebro...

La guerra se hacía con tiraderas, eficaces lanzadoras de piedras a base de elásticos procedentes de los neumáticos de los viejos automóviles, que se morían de tristeza por falta de gasolina y de repuestos.

Jugar en la calle, deporte de cada día, viendo saltar a las niñas a la soga.

En los largos días de verano, con vacaciones y con mar, la insolación era mal cotidiano. Pero eso nada importaba a los niños de entonces porque con un vaso de agua, un pañuelo y un rezo se curaba el mal. ¡Ah! Y una abuela.

Extendido el pañuelo, vuelto hacia abajo el vaso de agua, se iniciaba la oración previa, una leve presión en los cuatro puntos cardinales de la cabeza...

Mi abuela musitaba un rezo que apenas salía de los labios, que casi se quedaba entre la lengua, el paladar y la garganta. Y el mal se curaba

Sol, sol, vete al sol
deja a esta persona
sin tu consolación.
Igual que el mar
no puede estar sin agua,
el monte sin rama
y el cielo sin ti,
deja a esta persona
y vete de aquí

Tacitas de agua –Reina Luisa, pasote, o lo que fuera– curaban dolores de barriga, indigestaciones, catarros. Una bolsita de afrecho caliente sobre el pecho permitía recuperar el buen ritmo de la respiración y, para prevenir no sé qué enfermedades, bolas de alcanfor, colgadas al cuello. Dicen que una infusión de cucarachas curaba la pulmonía y otros males.

Pero el remedio, generalmente, no iba en solitario. Había que echarle una manita para aumentar la eficacia y de ahí el rezo, la oración repetida cuantas veces fuera necesario. Aún no se habían descubierto los

antibióticos, que llagaron a la humanidad de manos de la guerra.

Y después un montón de padrenuestros.



Hay muchos barberos en mi vida. El primero fue Juansito, en la calle de Juan de Vera, muy cerca de la catedral. El segundo fue Fariña, en la misma calle, vecino casi del Callejón de Briones, personaje singular, insólito, músico y, si no me equivoco, relojero. Luego fue Víctor, clarinete de la Banda Municipal en la misma calle, también en una esquina, a cuatro pasos de «Casa Micaela», donde el vino tinto era de Tacoron-te, donde se reunían bebedores y borrachines y, en alguna ocasión, poetas y escritores escapados de un rollo del Ateneo.

Los barberos de la época estaban acostumbrados a los piojos. No había entonces DDT (Dicloro-Difenil-Tricloroetano), remedio nacido en medio de la guerra mun-

dial que libró a los soldados de las plagas de piojos que tanto daño hicieron en las guerras del 14 y en la civil española, y a los viajeros clandestinos a América de la época, que ocupaban su ocio haciendo carreras con éstas «miserias».

Todas las tardes, al llegar a casa, mi madre nos colocaba sobre las rodillas y nos pasaba por el pelo «el peine fino» que arrancaba de nuestros pelos los piojos adquiridos durante las horas de clase. Un buen lavado, con jabón de «La Rueda» y cepillo.

Luego fue Manuel, en la calle de la Carrera, mi barbero preferido. Su negocio estaba frente a la librería «El Aguila»; más tarde me corté el pelo en varias peluquerías de Santa Cruz. Pero las viejas barberías tenían el encanto de la música metálica de las tijeras, campanilleando en el aire antes de atacar de frente la masa salvaje de pelo. Del uno, del dos, «amadeo», «al cepillo», etc, etc., eran denominaciones en aquellos tiempos, de los distintos cortes de pelo,

que alcanzaron su máxima sofisticación en los años cuarenta y tantos, con el corte de «león», melena cruzada en la parte posterior de la cabeza, diseñado por los «gri-fientos» de la época.

Brillantina y fijapelo, para atar el pelo a los cascos, a prueba de todos los vientos, eran elementos de uso cotidiano en la pibada de los cincuenta y que se ponen de moda junto con las hombreras de las chaquetas, a las que entonces llamábamos «vitaminas sastre».

A los presos y a los chiquillos en el verano los pelaban al cero, y a los soldados y a los reclutas. Algunos niños conservaban en su cabeza rapada y sobre la frente una especie de visera de pelo que me resultaba denigrante.

Las mujeres en los tiempos que corresponden a la guerra mundial, elevaban una moña sobre la frente a la que llamaban «Arriba España», que se desmelenaban con la suave brisa del verano.

Las permanentes ondulaciones de los cabellos femeninos se lograban con hierros que se calentaban sobre el carbón vegetal o sobre el «infiernillo» de petróleo. En las ventanas de familias vergonzantes se leía: «Se cogen puntos de media». Delante de las ventas había colas para comprar el racionamiento.

Le hacía los mandados a mi abuela.

«Toma un real de vellón y tráeme una sedalina roja».

Iba a casa de señá Rita y le compraba la sedalina roja. Los colores, perfectamente ordenados en sus cajitas de cartón, me deslumbraban. Había olor a telas y a hilos. Señá Rita tenía un andar lento y pesado, y movía su cuerpo envuelto en el color canelo de San Antonio. Tenía una alegre carcajada, tintineante como una campana que se alargaba hasta lo alto de las estanterías donde se mostraban las ca-

jitas de cartón llenas de sedalinas y ovillos de colores.

Le hacía los mandados a mi abuela.

-«Toma un tostón y cómprame un cartucho de carbón, un abanador y un manojito de tea.»

Iba a casa de María y le compraba un abanador para animar el fuego; un cartucho de carbón llegado de Las Canteras y un manojito de tea, hilachos olorosos de la vieja riga de una vieja casa, que ardía como la gasolina en la breve hoguera del fogón.

Del tostón (una peseta veinticinco céntimos) algo sobraba. Había para mí una perra chica de cobre con la cara de un rey que se transformaba en un papelito de pastillas en la casa de doña Carmen.

Un real de vellón, un tostón, una onza (quince duros) eran medidas monetarias ya en desuso pero que las almas viejas conservaban en la memoria.

—

La venta de aquella mujer era triste. Apenas tenía nada que vender. Chochos,

orégano, carbón, abanadores, pimientas rojas y, quizá, por temporadas una calabaza y cuatro hojas de col verde.

Las estanterías estaban vacías aunque en ocasiones se llenaban con la alegría de las escobas nuevas fabricadas en la urgencia de la supervivencia. Pero la venta de aquella mujer tenía olores distintos. Tenía olor de gatos y de orégano. Había olor a vejez y a olvido. Se olía a un tiempo pasado, o a un tiempo que se iba rápidamente.

La mujer de la venta vestía de negro. Un pañuelo y delantal negros culminaban su arreglo personal. Era seca, casi escuálida. Alta. Indefinible en el tiempo. Olía igual que la venta y que el trozo de calle que se abría delante de la puerta.

No había tertulias en la venta, porque ni siquiera vendía copas de aguardiente para los madrugadores laguneros que iban desde la plaza de la Catedral. Las mujeres entraban y salían rápidamente, porque apenas había allí producto útil para la casa.

La mujer de la venta era un ser extraño. Ni triste, ni doloroso. Era un ser distinto, encerrado entre olores de gatos y oréganos. Solitario. Diría que inútil. Vivir, envejecer y morir pendiente de un sucio mostrador y unas estanterías vacías.

La mujer de la venta se abrigaba en el invierno con un sobretodo, negro, que tenía sus mismos olores. Nunca la vi entrar en una iglesia. Ni la vi en el cine. Ni en tertulias, ni en casuales encuentros callejeros.

Era la mujer de la venta. De la venta vacía y triste que olía a gatos y orégano.

—

Maestro José el carrero me curó en dos ocasiones los brazos que se me habían recalcado en sendas caídas. Maestro José, que era un carrero no mal hablado y que apenas usaba el látigo para castigar a la mula, me daba masaje con sus ásperas manos de trabajador manual en mi brazo con un unto de sebo. Luego del tirón y de toda la opera-

ción, maestro José me ponía una venda en la articulación empapada de vinagre y sal.

Sebo de Flandes, que se obtenía en los barcos que llegaban al muelle de Santa Cruz, se utilizaba para luchar contra los catarros. Se calentaba el sebo en una pequeña sartén y se extendía sobre el pecho del enfermo, lo más caliente posible, cubriéndose luego con un paño rojo de franela.

La lucha contra los catarros exigía tratamientos diversos como las cataplasmas de linaza con unos polvitos de mostaza, o el afrecho caliente dentro de una media o un calcetín aplicado a la espalda o al pecho. Para la jaqueca producida por un golpe de aire era también buena la mostaza molida mezclada con orines o vinagre caliente aplicándola en la frente.

Los remedios familiares eran medicinas urgentes para los males de cada día. Están en la historia lejana o más próxima, vinculadas a una manera de ser y a unas condiciones culturales o económicas. Aquel niño delga-

do, falto de vitaminas, que no avanzaba en su desarrollo, recibía la leche diaria de una burra que fue su ama de cría durante años. El enfermo del estómago es purgado brutalmente con el duro aceite de ricino. Las flemas asfixiantes se eliminan con vino caliente mezclado con orégano y el agua de torongil mejoraba los sofocos en los duelos, producto del dolor por la muerte del ser querido.

A finales de los años treinta llevaba, no sé para qué, colgado del cuello una bolsita con una bola de alcanfor. Quizá fuera un remedio para espantar catarros y gripe. Me encantaba su olor.

La lucha contra el tétanos no ofrecía muchas dificultades para la vieja medicina. Sobre la herida producida por hierros ferrugientos se echaba el sebo de corcova de camello derretido y aquí no pasaba nada.

La mezcla de ritos religiosos y de medicina se producía ineludiblemente. Los rezos se unían a las prácticas medicinales como en los viejos tiempos y muchas veces

era imposible distinguir entre brujería, curanderismo o medicina.

Los niños teníamos un montón de leyendas en nuestras cabezas. No se podía orinar junto al arco iris, porque existía el peligro de cambiar de sexo y tampoco podíamos contar las estrellas porque nos salían verrugas, una por cada estrella contada. Había, de todas maneras, formulas para eliminar las verrugas. Sobre la verruga se colocaba un grano de millo que luego se metía en un trozo de tela, junto con una piedra, y se arrojaba al mar, en un pozo o en la aljibe. Las verrugas desaparecían con la destrucción del grano dentro del agua.

¡De cuantas cosas teníamos que defendernos! De la enfermedad, de las leyendas y de la oscura ignorancia acumulada durante siglos. Ya se abrían, de alguna manera, pequeños puntos de luz. Mientras se abría el telón, maestro José el carrero, el sebo de corcova de camello, el vino y el orégano, el alcanfor, el afrecho caliente,

servían para echar fuera de los cuerpos la enfermedad. Y estaban los rezos para ayudar a echar fuera las malas miradas o los malechos.

Un viejo oficio de la miseria fue el de «rebuscador» de papas. Por las rutas de éste cultivo caminaban familias enteras que recogían de la tierra ya explotada la miserable limosna de las papas olvidadas, o de las papas chicas, o de las papas rotas por la azada o «maliadas». La lucha contra el hambre también llegaba al trigo, espigando en el campo ya segado o recogiendo las almendras que la gandulería o el despiste dejaban en el árbol o sobre la tierra. Recuerdo a los «rebuscadores» pidiendo permiso para pasar a las fincas con una cierta vergüenza. Las papas que quedaban en tierra, que olvidaron labradores y rebuscadores, nacían espontáneamente. Son las llamadas «papas de risa» que de repente se descubren en un sembrado de millo o en un cantero de coles.

Papas negras, bonitas, rosadas, azucenas, torrentas, «autodate», «chineguas», etc., forman una larga lista de especialidades que nacen a distintas alturas y en diferentes condiciones, enriqueciendo la gastronomía tradicional. «Los rebuscadores» no hacían distinciones. Se trataba de evitar el hambre. Se trataba de comer cada día. Se trataba de sobrevivir en tiempos de dolorosa miseria.

La calle estaba empedrada y en los resquicios nacía la hierba. Las aguas del invierno desataban toda la vitalidad de la naturaleza y hacían estallar las semillas que se ocultaban en la oscuridad del pavimento. Jugar con las hierbas era estimulante y andar descalzo por los charcos de agua. Descalzos porque los zapatos eran caros, aunque fueran del “Curtido”.

En los aleros crecían los verodes, que es planta singular lagunera. Pocos coches en la calle. Uno o dos, lo más. Y entre la yerba, juego de boliches o del trompo. O monta la chica o piola. Algún coche de ver-

ga rodando y colorines de Juan Centella pasando de mano en mano.

En la calle, Guadalupe, señor Pancho, chá Bárbara, señor Juan, seña Justa... Nombres entrañables que día a día nos trasladaban, con sus cuentos e historias, a tiempos anteriores.

“ ¡Cuidado con los chupasangres!”

Eran los años del hambre y del racionamiento. El gobernador Orbaneja había construido el Sanatorio Antituberculoso. Pero había enfermos por las calles, porque todas las camas estaban ocupadas.

“ ¡Cuidado con los tísicos!”

“ ¡Cuidado con los chupasangres!”

Tiempos tristes en que si bien nacía la hierba en las calles y se formaban largos charcos, había terrores ocultos por los enfermos y se inventaban mitos como ese doloroso de los chupasangres. Por las noches, mientras caía el agua de la lluvia, la radio como centro y eje de la familia. La

voz cálida llenada de ilusión a la gente que estaba ya harta de guerras y temores.

En la calle de Los Álamos, que se lanza como una flecha hacia la plaza del Cristo, había un grupo de viviendas de una planta que se coronaban con las rojas tejas del país.

Había dos que recuerdo claramente —una de ellas sigue existiendo— por sus habitantes. En la primera vivía seña Dolores, la partera. La presencia de la seña Dolores en una vivienda lagunera de aquellos tiempos era señal alborozada de que una criatura venía al mundo. Agua hirviendo, los cacaridos de una gallina que se sacrificaba para hacer caldo... Un llanto fuerte —el primero— del niño... Y seña Dolores con su bolso debajo del brazo que regresa a la calle de Los Álamos con su andar vivo. Fui al entierro de seña Dolores. Allí estaba la mitad de La laguna recordándola. Era la mitad de La Laguna que había venido al mundo por la habilidad de sus manos.

Junto a la casa de seña Dolores, la partera, vivía Pepita “la montañera”. Era un personaje singular. Su pelo rubio mantenía las viejas formulas estéticas de su juventud y se mantenía soltera. Era un personaje tímido. Vivía con su madre, con la que aparecía oteando la distancia desde la ventana de su casa. Parece que allí hubo un establecimiento comercial, y recuerdo que se conservaban las estanterías y el mostrador.

Pepita “la montañera” hacía mortajas. Un golpe en la puerta a medianoche, a cualquier hora del día o de la noche, era como una campana anunciando difuntos: alguien había muerto. Pepita hacía las mortajas y las colocaba en la vieja estantería. El buen gusto de los familiares y amigos del finado decidía la calidad y el color de la última envoltura.

Nunca ví a seña Dolores y a Pepita “la montañera” juntas. Ni les vi hablarse. Tal vez sea una apreciación personal, pero me da la impresión hoy, al cabo del tiempo, de

que no había nada que las uniera. Ni siquiera la vecindad. La pared que separaba sus viviendas parecía ser la frontera entre la vida y la muerte.

Los niños con los niños; las niñas con las niñas.

Y así jugaban unos y otros.

Ellos corrían por la calle detrás de una pelota de trapo o empujaban un aro o hacían cochitos de verga o saltaban a la piola, o a monta la chica, monta la grande, ahí te va un borriquito bastante grande. O hacían la guerra con la pandilla de otra calle lanzando piedras con la mano o con la presión de los elásticos de las tiraderas. O a los boliches y al trompo. Los niños jugábamos a las lajas.

Mientras, ellas, cantaban el matarile o el Conde Laurel danzando en corro, haciendo saltar sus tirabuzones o los lacitos que sujetaban sus peinados. O a las muñecas.

Los niños con los niños, las niñas con las niñas. De unos y de otros era la calle

por la que de vez en cuando aparecía Clemente el guardia arrastrando el sable en busca de las pelotas de trapo. Si la pelota era de trapo, la decomisaba; si era de goma, le clavaba una navaja y la dejaba abandonada en la calle. Que también era suya. Cuatro informadores se situaban en las esquinas antes de iniciar el juego de la pelota. Y se daba la alarma: Un guardia. Y todos tranquilitos a jugar a los boliches.

Las niñas seguían saltando y bailando el matarile o el Conde Laurel.

Los sarantontones eran rojos, con lunares negros. Breves bichitos de la calle que aparecían por entre la yerba. Sarantontón, sarantontón, abre las alitas y vete con Dios. Alguna vez el insecto entendía nuestra canción y se iba volando sabe Dios hacia donde.

No me gustaban nada los sepultureros que escarbaban la tierra desesperadamente para enterrar una mosca muerta que trasladaban con sus frágiles patas. Y la enterraba y se iban luego a buscar nuevas víctimas.

Sin cansancio, el caballito del diablo movía sus alas transparentes. Me encantaban los caballitos del diablo.

Cada vez que llovía abrían un agujerito en la tierra unos bichos negros, que se enrollaban como las serpientes y que eran fáciles víctimas de nuestra crueldad. Eran los bichos apestosos, o por la misma razón, las cochinillas.

Había muchos bichos en la calle y muchas yerbas. Comíamos los botoncitos de las malvas y chupábamos los tallos de las trevinas que sabían un poco a limón. Sabíamos huir de las ortigas y de sus efectos, como en Bajamar, sabíamos alejarnos de las aguas vivas.

Quiero destacar la presencia en la calle de los inquietos quíqueres que picoteaban la yerba y devoraban los bichos.

Alguna noche descubrí un perenquén en el techo del cuarto. Yo pensé que estaba dormido pero alguien me dijo que no, que esperaban a que me durmiera para bajar hasta la cama y buscar el calor de mi cuerpo.

También había lagartos tomando el sol sobre los muros de piedra seca.

Los voladores avisaban de que llegaba la fiesta, y también los arcos que se levantaban en la calle. Y los niños de la calle se iban a la plaza. Y veían las ruletas que rifaban un conejo que mordía una hoja de col a la espera de su suerte. Y también había en la ruleta una botella de agua florida que nadie se la llevaba porque había una puncha tramposa que lo impedía.

En el día de la fiesta los grandes se iban a los ventorrillos que estaban envueltos en sábanas blancas sujetas por hojas de palma. Vino va y vino viene. Trae otra quartita y un plato de conejo en salmorejo. Y suben las voces y hay bronca. Y aquello se resuelve a la trompada hasta que llega la guardia y pone orden. Sin trompadas, señor, no hay fiesta.

Al día siguiente los niños de la calle buscan voladores que no se quemaron o al-

guna moneda caída del bolsillo en medio de la chispa.

Los niños de la calle y los viejos, con el debido respeto, se llevaban bien. Los viejos accedían a la presencia de los niños para sus pícaras maniobras que llenaban de risotadas el ambiente.

En el Banco de la Paciencia que se alargaba como una pena en el muro de la finca de señor Patricio, en la Plaza del Cristo, se reunían los viejos para fumar, escupir y mentir. Y frente a ellos pasaban las mujeres con los baldes de ropa a la cabeza rumbo a los lavaderos del Tanque Grande, en el camino de Las Peras, y los viejos le sacaban el cuero a más de una. Y nos enseñaron una canción que repetíamos cada vez que a los viejos se le ocurría.

Cuando Cristóbal Colón
fue a cagar al Tanque Grande

hasta los de capa grande
fueron a ver el montón.

Las mujeres mayores llevaban hábitos. De San Antonio, de la Virgen del Carmen... Cumplían promesas por una curación u otro beneficio. Parecían uniformadas. De vez en cuando alguna detenía su paso, abrían las piernas, subían el refajo y orinaban en plena calle. Y los viejos nos enseñaron una canción:

Tienes las patas rajadas
de tanto mear de pie
tienes la falda podrida
de secarte el perenquén

Historias callejeras de niños y viejos que acababan casi siempre con el “entra pa casa y no salgas hasta que yo lo diga”. Portazo y fechillo.

Los animales estaban en la vida cotidiana de los niños de la calle. Era habitual el

paso de yuntas de vacas que llegaban de las Mercedes y no sé a donde iban. Avanzaban por el centro de la calle precedidas por el mago que apoyaba la vara en uno de sus hombros. Y al llegar a una boca calle, que se llenaba del ruido de un fotingo, se les daba el alto a los animales colocando la vara ante ellas y con el grito de “tercia atrás” se paraban. Muchas veces las vacas dejaban el rastro de sus bostas como los caballos, las mulas y los burros con sus moñigos, desesperando a Mohamed y Pisaflores que daban marcha atrás con sus escobas planas para dejar la calle limpita, limpita.

Había en la calle otros personajes rurales que a mí me daban miedo. Llevaban sombreros abombados, rodeados con una cinta negra, y sus enormes patillas se deslizaban cara abajo hasta llegar casi a la mandíbula. Eran los cochineros que, según me dijo maestro Juan, venían de Icod el Alto. A ambos lados de las mulas cargaban dos raposas,

que también servían para medir las papas, llenas de lechones que ofrecían a los vecinos, mostrándolos bien estirados y comentando “Si usted conociera a la madre...”

En cada casa pobre había un goro y allí engordaban los cochinos hasta que llegaba el momento. En la cocina se guardaban las sobras, las cáscaras de papas y otros productos. Era la comida del cochino que, mezclada con afrecho se colocaba en la piletta. Y si el cochino se precipitaba antes de concluir la operación se oía el grito de “Turre animal”.

Los perros, casi todos los perros, se llamaban Toby y eran mordedores cuando los niños de la calle corríamos asustados. Los gatos era mundo aparte.

Por la calle pasaban los camellos cargados, y no sólo en la noche de Reyes. Los camellos transportaban mercancías y bidones de petróleo y materiales de construcción. Y en el instante de descargarlo se oía la voz de hombre que decía “Afúchate ca-

mello”, y el animal doblaba lentamente sus patas y recostaba el cuerpo en la calle.

Sacábamos a la cabra Jairita a comer yerba a la calle y me topaba y yo tenía que soplarle en el hocico para asustarla.

Y le seguía la pista a las chuchangas que dejaban su huella en los pretilos.

Y los dedos se me llenaban del polvo de mariposas que yo quería clavar con un alfiler en una cajita.

Los niños de la calle jugábamos a guirgo y nos escondíamos en los zaguanes. Y también ayudábamos a tostar el trigo y el millo, en el gran tostador que se montaba en el patio, y dábamos vueltas y revueltas al remejiquero. Y al final cuando ya habían estallado las floritas de millo, un regalo para premiar la ayuda. Un poco de millo tostado, un poquito de azúcar y nacía la tafeña que yo creía que era un turrón que se inventó mi abuela.

De vez en cuando íbamos de gira en el coche de mi padre y nos bañábamos en Ba-

jamar y luego acudíamos a la frescura del Monte de Las Mercedes. Si habían muchos chachones de Santa Cruz nos íbamos pronto, porque siempre había un machango o un chinchoso que metía la pata.

Yo era una aguelilla. Por lo menos eso decía mi abuela. Y no paraba. Y corría hacia el naciente del monte y cogía agua en un cacharro para chingar a mis hermanos. Claro que ellos reaccionaban y me perseguían, pero yo salía sarsaliando y me escondía detrás de los árboles y gritaba ¡Guirgo!

Y un día apareció una niña rubia... Era una niña rubia que había visto siempre. Pero no sé qué ocurrió aquel día que sentí que el calor me subía a la cara. Apareció la niña rubia y el color del callejón cambió. Me senté en el pretil de la acera y el color del cielo era diferente. Y distinta era también el agua de los charcos.

Los sueños remontaban las nubes en las que viajaba la niña rubia.

Los libros devolvían los ojos de la niña rubia.

Bueno, era el primer amor. Allí se quedó, plantada en medio de la calle. Y con los años la volví a ver. Era una mujer rubia, de ojos azules, que se quedó soltera, que se quedó para vestir santos. Y en la cotidiana ruindad, se quedó criticada porque la dejó el novio, que llegó a La Laguna para estudiar en la universidad; la dejó por la novia del pueblo.

La niña rubia se hizo una mujer triste porque se quedó soltera, y por las tardes, en vísperas de Semana Santa, iba a la Catedral para almidonar los paños del altar y colocar las flores en los floreros.

La niña rubia no era de la calle. Era de otra calle lejana, que un día pasó por allí como pudo haber pasado por otra parte. Pero yo la ví, la ví primero y sentí que me subía un extraño calor a la cara. Y me hizo ver de un color diferente el cielo y el agua de los charcos.

Alguna vez hay que tener un primer amor. ¡Pero qué pronto llega el primer y silencioso amor!

Y qué difícil es volver al trompo, a los boliches y a las cometas después de haber encontrado el primer amor. Colocarte a la espera de su paso, ofrecerle la goma de borrar... Decirle tu nombre...

Aquel día apareció la niña rubia. Que luego se quedó para vestir santos, la pobre, porque la dejó su novio, que estudiaba en la Universidad. (¡Que calor en la cara, Dios mío!).

Las casas cubrían sus techos con tejas. Habían sido rojas en el pasado pero la humedad y el tiempo habían oscurecido su color. Me ha gustado siempre mirar los tejados de la Laguna: esas largas filas de tejas, formadas militarmente, apoyándose unas en otras en una solidaridad impuesta para crear el canal distribuidor del agua. Los tejados del callejón se veían desde abajo, y cuando llegaba el verano venía el tras-

tejadador, las levantaba, barría la tierra amontonada en los pequeños resquicios y que impedía el discurrir del agua, y las volvía a colocar amorosamente. Ese día morían los verodes. Después venían los pintores. Con una escoba cortada a la mitad, arrojaban la “lechada” de cal blanqueando el alero. Desde el suelo, el pintor, con la lata, de larga pértiga en cuyo extremo se colocaba el pincel, iba suavemente cubriendo la fachada, con ritmo lento, apretando en sus dientes el amarillo “Krüger” o el “Flor de Fuentes”, mientras algunas gotitas le caían a la cara formando blancos lunares de cal.

Los tejados me alucinaban en febrero. Febrero es el mes de amor de los gatos, y por las noches, cuando la luna abría los ojos brillantes sobre la húmeda ciudad, un gato maullaba, alargando el increíble llanto por tejados y chimeneas; un lamento que se me antojaba de dolor. Luego supe, al pasar el tiempo, que en febrero los gatos aman y que aquellos llantos,

alucinantes, diversos, largos, en algunos casos como aullidos de un fantasma solitario y en otros como el llanto de un niño despierto en la oscuridad de la noche, eran llamadas de amor.

La llamada de amor en el tejado tenía un eco lejano. Era otra voz, otro lamento, otro llanto, otro aullido, otro largo y prolongado maullido. Algunas veces la noche se volvía trágica en el tejado. Frente a la llamada y la respuesta, la ruptura. La presencia de un intruso que rompe la poética brillantez de la noche. La pelea, las tejas que se deslizan, que caen al vacío, que se rompen en el patio de piso de losa chasnera, y el dolor de las heridas, y el revuelo de las uñas, que, como navajas, se clavan en la suave piel del enemigo.

Luego, de nuevo, el suave lamento, el encuentro de la pareja...

Me daba miedo oír por las noches el llanto de los gatos. Luego supe que no había fantasmas, ni miedo en el rito de los

tejados de cada febrero. Era, sencillamente, la llamada del amor y de los celos.

Anoche tuve un sueño. Estaba en el pasado, jugando a los boliches en la calle. La calle era larga como el propio sueño y estaba iluminada con la luz solar. Intensamente iluminada. Sin duda era verano y, por la alegría reinante en la calle, estábamos de vacaciones:

“Disimula Pepe
que si no disimulas
no comes rosquetes”

Las trevinas, decían, nacen en el jardín de al lado. ¡Que buen sabor tienen los tallos de las trevinas! ¿Saben a limón? Son ácidos los tallos de las trevinas. Un niño se come una rosa. También tienen buen sabor los pétalos de las rosas.

“Que llueva, que llueva
la virgen está en la cueva...”

Hacía calor en la calle del sueño. Y pedíamos que lloviera para refrescarnos con

el agua de la lluvia. Porque en el invierno hace mucho frío para mojar el cuerpo con el agua que baja por los canales donde crecen los verodes.

La calle es larga como el propio sueño. Atardece en el sueño y en la calle. Los gongos quedan olvidados y limpios para otro juego.

El calor de la primavera penetra en mi cama. Me desprendo de una manta. Parece como si el atardecer se metiera en la cama.

El despertador rompe la paz mañanera y rompe el sueño.

Me hubiera gustado seguir corriendo por la calle.